



IMÁGENES DEL EXTRACTIVISMO

Locomotoras, bolsas, pies y senderos

EDUARDO GUDYNAS*

Hoy, en toda América Latina se encuentran ejemplos del llamado extractivismo: la extracción de enormes volúmenes de recursos naturales para exportarlos a los mercados globales sin procesar o con escasa industrialización. Los casos más conocidos son la explotación minera y la petrolera.

Aunque esos emprendimientos son usualmente defendidos en términos económicos, en realidad expresan ideas mucho más profundas que una mera contabilidad y se adentran en las raíces de nuestras culturas. Se defiende en unos casos la minería, en otros los pozos de hidrocarburos o los monocultivos, apelando a imágenes y vivencias que los presentan como beneficiosos ejemplos del progreso.

En este artículo se han seleccionado cuatro de esas imágenes. No son las únicas posibles pero están entre las más conocidas, y a partir de ellas es posible caracterizar brevemente las tendencias más destacadas que despliega actualmente este tipo de desarrollo en América del Sur.¹

LOCOMOTORAS

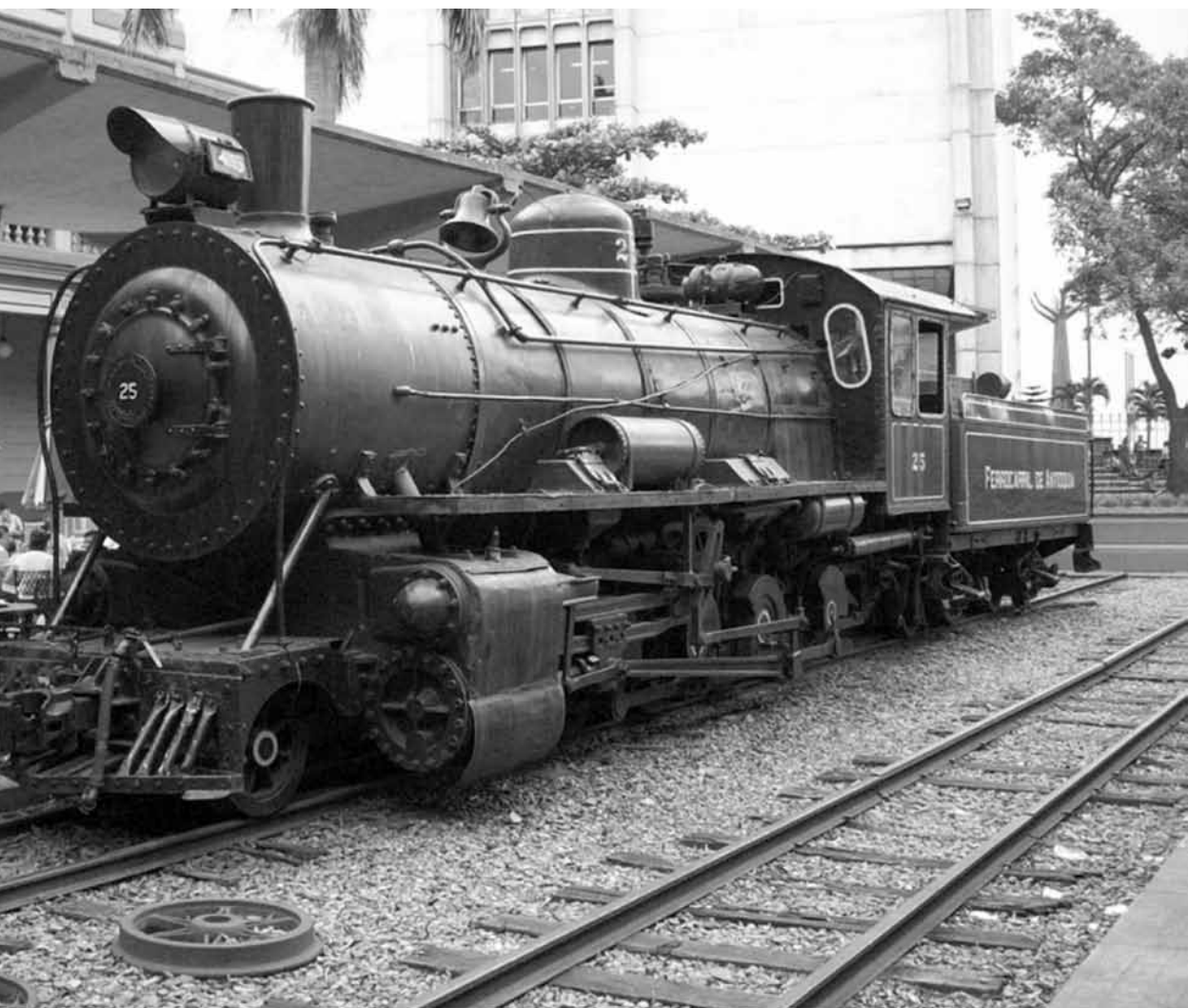
Cerremos los ojos por unos minutos para invocar la imagen de una locomotora. Rápidamente tendremos ante nosotros una gran máquina, metales y más metales, con sus engranajes y calderas ardientes. Son los “caballos de acero” que corren sobre vías que penetran la naturaleza. Esta es, sin duda, una de las imágenes más conocidas de la revolución industrial europea, un ejemplo del ingenio humano basado en la ciencia y la técnica, y a la vez un instrumento de expansión capitalista.

Es una imagen tan profundamente arraigada que en nuestros días el presidente de Colombia, Juan Manuel Santos, la utiliza para defender el extractivismo. En efecto, su programa de gobierno otorga un papel central a una “locomotora minera” que, junto a otras, empujará los vagones de la economía nacional.

Esa imagen colombiana hace inevitable recordar los planes del presidente Manuel Pardo, quien en el siglo XIX deseaba convertir la riqueza del guano del Perú en ferrocarriles. En aquella joven república, el ferrocarril estaba directamente vinculado a los sueños de modernización inspirados en el progreso europeo. Sin embargo, la apuesta por una masiva construcción de líneas férreas, en lugar de buscar la integración de un territorio fragmentado,

* Ecólogo social uruguayo, investigador en el Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES).

1 Texto basado en la conferencia del autor en el foro público “Extractivismo en la Región Andina. ¿Hacia dónde vamos?”, convocado por la RedGE en Lima, el 15 de mayo de 2012.



Locomotora de vapor en Antioquia, Colombia. (Foto: <http://img.fotocommunity.com>)

apuntó a vincular el país todavía más “estrechamente con los mercados e inversionistas extranjeros, a través de nuevos productos mineros y agrícolas”, como advierte Gootenberg.²

En las costas atlánticas sucedió algo similar desde mediados del siglo XIX, ya que las líneas férreas construyeron una geografía de penetración territorial que

permitía extraer y exportar, por ejemplo, caña de azúcar y café en el Brasil, o granos, lana y carne en el Río de la Plata.³ Desde

2 Gootenberg, P., *Imaginar el desarrollo. Las ideas económicas en el Perú postcolonial*. Lima: IEP y BCRP, 1988, p. 25.

3 Sobre el papel del ferrocarril en la construcción territorial y las economías, véase Colmar, C., *Blood, iron and gold. How the railroads transformed the world*. Londres: Atlantic Books, 2009.

esos años, el llamado ferroviario terminó arraigándose en la cultura sudamericana, hasta explicar los deseos de Santos de tener su propia “locomotora” minera.

La defensa de la minería u otras formas de extractivismo se repite en todos los demás países con tal firmeza que se hace evidente una *primera tendencia*: el extractivismo está en una fase de expansión en toda Sudamérica. Los países mineros y petroleros buscan ampliar los volúmenes extraídos, y lo hacen intensificando proyectos que ya están en marcha, sumando nuevos emprendimientos, e incluso abriendo nuevos recursos (como el litio en Bolivia o el gas de esquito en la Argentina). Se explora en sitios más remotos y problemáticos, con crecientes riesgos (sea la selva amazónica o la plataforma oceánica atlántica) y mayores impactos sociales y ambientales.

Están en marcha algunos cambios realmente profundos que a veces pasan desapercibidos. Por ejemplo, el Brasil se ha convertido en el mayor productor minero del continente. Entre 2001 y 2011 el valor de su producción minera creció 550%, alcanzando en 2011 un estimado de 50 mil millones de dólares. Los principales minerales extraídos suman más de 410 millones de toneladas, superando a todos los países andinos sumados.⁴

4 IBRAM, Informações e análise da economia mineral brasileira. Brasília, 2011.

5 Gudynas, E., “Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual”. En: *Extractivismo, política y sociedad*. Quito: CAAP y CLAES, 2009.

Pero todos desean ser mineros, incluso aquellos países que no lo eran. En el Ecuador, el gobierno de Rafael Correa acaba de firmar acuerdos para comenzar la explotación de cobre a gran escala (yacimiento Mirador), y en el Uruguay, la presidencia de José Mujica está promoviendo una megaexplotación de hierro (proyecto Aratirí).

Sea de izquierda o derecha, progresista o conservador, cada uno busca su propia locomotora extractivista. Esto permite señalar una *segunda tendencia*: la renovación política representada por la izquierda no rompió con el extractivismo, y si bien introdujo algunas reformas, de todos modos lo mantuvo. Es cierto que lo ha cambiado y su extractivismo es distinto al de los gobiernos conservadores, pero lo volvió funcional a sus aspiraciones de crecimiento económico. Entre las diferencias más importantes se encuentra una mayor presencia estatal en varios casos (como pueden ser las empresas petroleras nacionales), la aplicación de regalías o tributos más altos en ciertos sectores (como sucede con los hidrocarburos en Bolivia, el Ecuador y Venezuela), y se postula que esos emprendimientos son necesarios para financiar distintos programas de lucha contra la pobreza (expresados en pagos financieros mensuales típicos en casi todas las naciones). Es un neoextractivismo progresista que exhibe cambios importantes, pero que de todos modos defiende una locomotora extractivista para alcanzar el “progreso”.⁵

Bajo los gobiernos conservadores, se le da un impulso inicial a ese tren y se

espera que siga su marcha en manos de corporaciones y empresas, mientras que la nueva izquierda sudamericana quiere que esa locomotora sea estatal y coloca allí a sus maquinistas de confianza.

BOLSAS DE ORO

El extractivismo está asociado a otra imagen que también tiene una larga historia.

comercializados para asegurar, una vez más, el pretendido progreso.⁶

Se dice que Alexander von Humboldt afirmó en el siglo XIX que somos mendigos sentados sobre sacos de oro y otras riquezas. Esta imagen persiste, aunque su contenido es casi hiriente: por un lado estaríamos rodeados de riquezas, pero por otro, seríamos incapaces, haraganes



América del Sur siempre fue vista como repleta de riquezas, con cerros de oro o plata. Las leyendas de El Dorado alimentaron la creencia de tesoros escondidos en las entrañas de la selva o en la sierra que aguardaban a ser desenterrados y

o pordioseros, ya que a pesar de esas bendiciones seguimos implorando por limosnas.

6 Véanse los ensayos en Becco, H. J., *Crónica de El Dorado*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2003.

El presidente ecuatoriano Rafael Correa invoca estas ideas. Por ejemplo, en uno de sus discursos sabatinos (31 de julio de 2010) decía que “no podemos ser mendigos en un saco de oro”, y que se debía aprovechar los recursos mineros. A su juicio, “95% de sus impactos [de la minería] se pueden revertir”, y en todo caso la Naturaleza se la puede “reparar”. Agregó que la minería proveería los “excedentes para asegurar el Buen Vivir” y, citando al papa Benedicto, sostuvo que es inmoral mantener la Naturaleza intocada. La confianza tecnológica presidencial es envidiable, y como la Naturaleza sería algo así como una máquina, podría ser reparada, y por lo tanto nada evitaría cumplir con ese mandato moral de explotarla.

Otros gobiernos exhiben representaciones similares, que van desde el reclamo directo de aprovechar las riquezas del suelo por el presidente uruguayo José Mujica, a la postura del “perro del hortelano” de Alan García. Es así que, desde distintas posturas políticas, queda en evidencia una *tercera tendencia*: se han convalidado imágenes de un continente repleto de riquezas. Antes eran los minerales, hoy también son los hidrocarburos o la biodiversidad.

Hoy cada país afirma tener su propia “bolsa de oro”, presentándose como líder en la explotación de algún recurso natural (por ejemplo, los chilenos con el cobre, los bolivianos con el litio, o los brasileños que sostienen que sus reservas petroleras costeras serán las “maiores do mundo”). Como se refuerza la creencia del continente como un enorme depósito de

recursos naturales, no existirían límites, y los beneficios siempre superarían a los impactos negativos.

Más allá de esas imágenes, la realidad muestra que tales recursos son en unos casos limitados, y no son pocas las situaciones donde están en fase de agotamiento. Por ejemplo, para los hidrocarburos eso ocurre en algunos pozos de gas en la Argentina o Bolivia; en otros casos se explotan yacimientos de menor calidad (hay varios ejemplos en los países andinos), y finalmente, las estimaciones de ciertas reservas son dudosas o se encuentran bajo condiciones de extracción muy difíciles (como ocurre con el petróleo de gran profundidad en el Brasil). A su vez, es abrumadora la evidencia de que la explotación minera o petrolera conlleva enormes impactos ambientales. Por lo tanto, las afirmaciones de una minería que puede revertir el “95% de sus impactos” carecen de toda base científica.

Pero a pesar de todas estas evidencias, el mito resiste, los gobiernos lo sostienen y se reproduce en el imaginario popular. Esto permite dejar en claro una *cuarta tendencia*: la fundamentación y legitimación del extractivismo tiene profundas raíces políticas y culturales. La Naturaleza es entendida como una canasta de recursos que deben ser aprovechados, y la economía es una *máquina* que necesita alimentos para crecer y moverse. El desarrollo sería un proceso lineal, un continuado progreso que no debería detenerse. Estas ideas se reproducen en diversos ámbitos, incluyendo los conglomerados político-partidarios, sectores empresariales,

cátedras universitarias y buena parte de la ciudadanía.

Solo se aceptan debates en cuestiones instrumentales, sean técnicas, económicas o gerenciales, para aprovechar esos bolsones de riqueza, como las tecnologías de remediación ambiental o el valor de las regalías. Pero no se duda del sueño de El Dorado ni de su papel en alimentar el crecimiento económico. Asimismo, esto conlleva la idea que afirmar que somos pobres porque esas riquezas no son debidamente explotadas ya que sobre ellas están sentados mendigos, haraganes o tontos. Hay varios ejemplos de esto: el presidente Correa dice que son infantiles quienes alertan sobre los impactos del extractivismo, Evo Morales los denuncia como colonialistas infiltrados, o a juicio de Cristina Kirchner son esnobs.

Se configuran roles sociales opuestos, enfrentando a actores supuestamente inteligentes y eficientes enfocados en encontrar esos "sacos de oro" y aprovecharlos, contra otros que, al ser atrasados o haraganes, impedirían el progreso. Técnicos y políticos frente a campesinos o indígenas, lo moderno contra el atraso, las máquinas como los trenes contra los carruajes y los caballos. No es un hecho menor que el ferrocarril, un ícono de la modernización capitalista, fuera un instrumento clave en la expansión de la explotación minera en diversas zonas andinas, y a su vez en su transnacionalización.⁷

Una observación atenta muestra que la nueva izquierda sudamericana introduce un sesgo político en la legitimación del extractivismo: lo presenta como indispensable para financiar no solo al

Estado, sino en especial a sus programas de asistencia monetaria para los grupos más pobres (como "Bolsa Familia" del Brasil o los distintos "bonos" de Bolivia y el Ecuador). Esta izquierda entiende que debe explotar los "sacos de oro" para que los beneficios lleguen a los más pobres, diciendo que en sus trenes de desarrollo ellos también son pasajeros, al menos en sus últimos vagones.

Este es un cambio sustancial frente a las posturas que la izquierda defendió en el pasado, cuando cuestionaba la primarización productiva, las economías de enclave y el papel de simples proveedores de materias primas. Antes, el extractivismo era un ejemplo de injusticia; hoy se ha dado un giro político y se lo defiende como necesario para la justicia social. Por lo tanto, sostienen estos defensores, cuestionar el extractivismo significa poner en riesgo los programas sociales y la asistencia que reciben los más pobres. Este cambio tiene implicancias políticas cruciales para las organizaciones ciudadanas que resisten el extractivismo, ya que este cuenta ahora con nuevos apoyos generados por esos programas de asistencia social y la adhesión política electoral que goza el progresismo.

PIES DESNUDOS, PIES CALZADOS

A pesar de todo el entramado cultural y político de apoyo al extractivismo, los

7 C. Contreras advierte que a inicios del siglo XX el ferrocarril permitió la expansión de la minería del cobre en la sierra central peruana, pero a la vez selló la desnacionalización de ese sector (*El aprendizaje del capitalismo*. Lima: IEP, 2004).



rechazos no han dejado de crecer. Aquí aparece una tercera imagen: los pies de la gente. Algunos calzados con sandalias o botas, otros desnudos, mostrando algunos dedos deformes por largos años de trabajo. Hay pies jóvenes, todavía ágiles, otros están endurecidos por el sufrimiento. Son los pies de los caminantes, de los que protestan y reclaman contra el extractivismo.

Esas son las imágenes de las grandes marchas ciudadanas que se han registrado recientemente; primero en Bolivia (agosto a octubre de 2011), luego en el Perú (febrero de 2012), seguido por el Ecuador (marzo), y más recientemente, una vez más, en Bolivia (abril-junio). En ellas se rechazó el extractivismo en algunos de sus aspectos; por ejemplo, la multitudinaria marcha peruana se enfocó en los impactos negativos de la gran minería y las demandas de protección del agua; en el Ecuador fue una reacción ante el lanzamiento de la megaminería metálica, y en Bolivia es un conflicto recurrente alrededor del manejo de un área protegida y territorio indígena.

Los pies de los caminantes en estas marchas muestran una *quinta tendencia*: el extractivismo está generando protestas ciudadanas en toda América del Sur. Esto ya no es solo un problema andino: la oposición aparece en todo el continente. Por ejemplo, en la Argentina se registran protestas, bloqueos de caminos o marchas contra la minería en al menos doce provincias; en Colombia se resiste la aprobación de nuevos proyectos mineros, y hasta en el Uruguay, un país altamente institucionalizado, existen movilizaciones de una alianza de agricultores, ambientalistas y otros grupos ciudadanos contra la megaminería de hierro. Entretanto, en el Brasil y el Paraguay se desarrollan resistencias y protestas en especial contra el otro tipo de extractivismo, aquel basado en los monocultivos de exportación (en particular la soya). Incluso hay registros de protestas ciudadanas en Guyana y Surinam.

Todo esto indica que la insistencia en el extractivismo ya está chocando contra

límites democráticos. La base cultural y política que legitima ese desarrollo muestra resquebrajaduras, y se están erosionando sus cimientos en parte de la ciudadanía. Se rechaza que las supuestas bondades de esos emprendimientos alcancen a todos por igual y se tienen presentes sus impactos ambientales. La actual contabilidad estatal está totalmente distorsionada en países como el Perú, donde muchos defienden la minería por los ingresos de exportaciones y tributos, pero nadie le resta a esas cifras los costos por efectos negativos sociales y ambientales. Se minimizan u ocultan los impactos sociales y ambientales, las agencias estatales son incapaces de realizar monitoreos adecuados, los mecanismos de evaluación ambiental se han deteriorado, y en países como el Brasil, se los flexibiliza.

Esto hace que el debate se amplíe. Las marchas de los pies desnudos o calzados no solo rechazan emprendimientos específicos, sino que están poniendo en cuestión las ideas sobre el desarrollo en las cuales estos se apoyan. Aquí y allá aparecen cuestionamientos frente a la cultura de la Modernidad. ¿Por qué queremos o deseamos una locomotora del desarrollo? ¿Por qué casi todos aceptan como legítima, y hasta hermosa, la imagen de las locomotoras, mientras que la de los pies desnudos no deja de generar cierto malestar? Si una locomotora es signo de progreso, ¿los pies desnudos expresan el atraso?

La aceptación generalizada de las imágenes de las “locomotoras” y de otras “máquinas” del progreso son síntomas

de una colonialidad de saberes, como viene advirtiendo desde hace mucho tiempo el peruano Aníbal Quijano. Pocos se estremecen frente a la bizarra imagen de una locomotora, típico ejemplo de la revolución industrial británica, usada para defender una propuesta de desarrollo en los Andes o la Amazonía, como hace Santos.

Pero el reverso es difícil de encontrar, ya que en Inglaterra ni Margaret Thatcher, Tony Blair o David Cameron presentaron planes de desarrollo basados en imágenes andinas o amazónicas. En los países industrializados nadie defiende el “progreso” enarblando, por ejemplo, ilustraciones de llamas o alpacas trepando una escarpa montañosa. No podemos olvidar, por lo tanto, que la idea de desarrollo convencional no escapa a relaciones de colonialidad, donde nuestros países absorbieron y reprodujeron concepciones y estrategias de la Modernidad occidental.

Cuando presidentes como Correa o Morales, y sus seguidores, rechazan las advertencias sobre el desarrollo extractivista, no lo hacen porque sean malévolos defensores de las empresas transnacionales que comercializan las materias primas que exportamos. Lo hacen porque entienden al desarrollo de una única manera, de una economía como máquina y de una Naturaleza que debe ser explotada, careciendo de un horizonte de cambio posible. Por ello, también responden con dureza a los cuestionamientos que provienen de los movimientos sociales, ya que muchos de estos los dejan sin argumentos convincentes y solo pueden recurrir a reacciones en un plano esencialmente afectivo.

En cambio, los marchantes ofrecen una pluralidad de saberes y posturas, y entre ellas hay muchas que intentan romper con esa colonialidad del desarrollo convencional. Son aquellos que no se conforman con las locomotoras, independientemente de quién sea su propietario, con lo cual allí emergen cuestionamientos más profundos frente a la ideología del progreso.

Arribamos a una *sexta tendencia*: las reacciones frente al extractivismo necesariamente llevan a un debate sobre los sentidos del desarrollo, sus bases culturales, su institucionalidad y sus prácticas. Cuando se debate, pongamos por caso, Conga en el Perú o Quimsacocha en el Ecuador, también se están discutiendo los imaginarios aceptados sobre el desarrollo. El aporte de las miradas interculturales aumenta las potencialidades de romper con las vallas que nos encierran dentro de la Modernidad.

CAMINOS

El debate actual, sea en el nivel de las estrategias extractivas presentes en todo el continente como en un plano más profundo, en sus bases culturales e ideológicas, inevitablemente obliga a explorar las alternativas. Por lo tanto, es oportuno ahora considerar la imagen de caminos.

Hay muchos tipos de caminos. Unos se abren nítidamente ante nuestros ojos, otros están escondidos entre los cerros o en la selva. Algunos caminos son buenos y nos movemos rápidamente, otros son dificultosos, en terrenos escarpados o interrumpidos por rocas. Hay senderos conocidos, que ya fueron transitados, y

hay otros por descubrir, e incluso habrá los que esperan a ser construidos. Algunos son rectos y la meta se insinúa a lo lejos, otros son sinuosos y ocultan el destino final.

El extractivismo representa un camino ya recorrido en los últimos siglos en América del Sur: la explotación intensiva de los recursos naturales para ser exportados a los mercados internacionales. Es entonces necesario identificar una séptima tendencia, en la que en todos los países el extractivismo no deja de ser una repetición de un modo de producción e inserción internacional que se hunde en los tiempos de la Colonia. La exportación de materias primas no es nada nuevo, y si bien la actual coyuntura internacional con altos precios y una demanda sostenida desde Asia otorgan algunas ventajas, no puede negarse que volvemos a caer en relaciones comerciales subordinadas.

Conocemos esos caminos; son los de la exportación del salitre en el Perú, las épocas cacaoteras del Ecuador, del *boom* del caucho brasileño o del estaño y plata bolivianos. ¿Estamos condenados a repetir esos mismos recorridos?

Esos senderos desembocan en impactos sociales y ambientales, la dependencia económica y la multiplicación de las protestas ciudadanas. No solo son situaciones insostenibles, sino que en realidad son callejones bloqueados sea por recursos que son finitos o por un colapso social y ambiental generalizado. Todo esto obliga a explorar otros caminos. En el mismo sentido, las protestas y marchas ciudadanas reclaman un cambio para buscar alternativas. La volatilidad de la



Sendero en el Parque Nacional de Podocarpus, en el sur de Ecuador. (Foto: Eduardo Gudynas)

economía internacional es otro incentivo, ya que no se puede confiar en que China nos seguirá comprando materias primas por siempre.

A pesar de estas necesidades de cambiar, se debe admitir que no es nada sencillo romper con la ideología del progreso y todos sus cimientos culturales. Siempre es difícil abandonar los ámbitos conocidos de nuestra propia cultura, salir de ella y adentrarse allí donde ya no contamos con mapas.

Un buen ejemplo de estas resistencias lo ilustra el reciente análisis de Marc Dourojeanni sobre la Amazonía peruana. Se describe una situación por momentos caótica, donde primero se implantan carreteras y más tarde se dice que sobre

ellas se construirán hidroeléctricas, y estas a su vez inundarían áreas naturales protegidas delimitadas tiempo atrás. "A la par que dictatorial, eufemísticamente calificado de presidencialista, el gobierno peruano es anárquico. No obedece ni a sus propias reglas. No comunica, no coordina, no informa, casi no piensa", advierte Dourojeanni. A pesar de que ante estas situaciones es urgente considerar posibles soluciones, resulta impactante que Dourojeanni admita que "no sabe cómo pasar de la situación actual, dominada por la cultura de la 'pendejada' y de la 'criollada'", para avanzar a posibles salidas como el fortalecimiento de la educación o su apelación a "menos leyes y leyes con sentido común".⁸

Aparece un fatalismo común entre los latinoamericanos: somos muy buenos en la elaboración de diagnósticos, especialmente aquellos que enumeran problemas y limitaciones, pero no somos tan buenos en construir y ensayar alternativas. Hay que romper con esa situación. La gravedad de los problemas actuales exige buscar soluciones concretas; es necesario recuperar el horizonte de las alternativas de cambio. Existen otras formas de alcanzar la calidad de vida que no sea bajo el consumismo, otro tipo de regímenes económicos, y también alternativas a nuestra inserción internacional.

Se llega así a la octava tendencia: están en marcha las búsquedas de alternativas posextractivistas. Por ejemplo, desde hace años se discute en el Ecuador imponer una moratoria a la explotación petrolera en la Amazonía, reconociendo que los costos económicos de los impactos de su extracción son similares o superan la rentabilidad exportadora. No puede minimizarse la radicalidad de este planteamiento, ya que es como reclamar la suspensión de la minería en el altiplano o impedir nuevos avances de la agricultura de soja en el Cono Sur. El llamado a cambios tan profundos nunca es sencillo y encuentra la resistencia de muchos actores sociales. Pero es precisamente esa clase de rupturas las que deben analizarse bajo el posextractivismo.

En el Perú también se ha iniciado este proceso. En 2011 culminó una

campana de varias organizaciones y redes ciudadanas para debatir “alternativas al extractivismo”, un título que poco tiempo antes despertaba desconfianza o desinterés. Paralelamente, se logró otro avance con estudios de alternativas para sectores como el agropecuario, energía y minería, incluyendo un análisis sobre el desempeño de la economía peruana en caso de suspender proyectos mineros y petroleros.⁹

La construcción de caminos alternativos no puede estar restringida a cuestiones instrumentales, como gerenciar los impactos sociales o ambientales. El posextractivismo va más allá al buscar abandonar los apegos a ideas como la del crecimiento, y de las locomotoras que lo hacen posible. Son alternativas que operan también en los planos culturales e ideológicos propios de la Modernidad occidental, para trascenderlos. Un ejemplo de esos intentos se observa en las actuales discusiones sobre el “buen vivir”, donde hay un aporte sustantivo de los saberes indígenas.

De una y otra manera, estas son rupturas con esos cimientos culturales e ideológicos que sostienen al desarrollo convencional. Son esfuerzos que en muchos casos surgen desde los ámbitos ciudadanos, y entre ellos, las marchas juegan un papel muy importante. Es en ese espacio de los pies, calzados o descalzos, donde se puede ir más allá de lo evidente y alcanzar los horizontes del cambio. Posiblemente, todas estas alternativas al extractivismo se deban pensar y sentir más con los pies, y menos con la cabeza. ■

8 Dourojeanni, M.J., *Amazonía probable y deseable*. Lima: Universidad Inca Garcilaso de la Vega, 2011, pp. 233 y 235 respectivamente.

9 Alayza, A. y E. Gudynas (eds), *Transiciones. Post extractivismo y alternativas al extractivismo en Perú*. Lima: CEPEs, RedGE y CLAES, 2011.